

MUY IMPORTANTE: LEER

¿Cómo corregir la prueba de galera?

La prueba de galera es un borrador del libro en el que usted puede hacer las correcciones del texto que considere necesarias, ya sea de diagramación, tipos de letra, agregado de texto, cambio de páginas, faltas ortográficas y gramaticales, etcétera.

Pautas que facilitan nuestra corrección:

- ✿✿✿ Corregir siempre con birome roja y con letra legible.
- ✿✿✿ Hacer una cruz por cada corrección en el margen izquierdo a la altura del renglón correspondiente.

Debe corregir:

- ✿✿✿ Título, subtítulo y nombre y apellido del autor: deben estar igual en: portada, portadilla, cabezales (parte superior de las páginas), tapa, contratapa y lomo.
- ✿✿✿ Faltas ortográficas, gramaticales y/o sintácticas.
- ✿✿✿ Signos de puntuación.
- ✿✿✿ Acentuación (adoptar un criterio homogéneo acerca de la acentuación de las letras mayúsculas: colocar tilde a todas o a ninguna. Mantener el mismo criterio para la tapa).
- ✿✿✿ Índice (solo en la última prueba de galera, verificar que concuerden los números de páginas con el inicio de cada capítulo).
- ✿✿✿ En caso de tener notas al pie, cotejar su ubicación en las respectivas páginas.
- ✿✿✿ Si se agrega texto, traer en disquete o CD **únicamente** lo nuevo (no mandar todo el libro).

Para tener en cuenta:

- ✿✿✿ Realice las correcciones cuando tenga la prueba de galera en sus manos. Por favor no nos envíe correcciones parciales, ni agregados, marque todos los cambios en ese momento o espere a la próxima prueba de galera.
- ✿✿✿ Si su libro contiene fotografías o gráficos con escalas de grises consulte como van a quedar impresos pues los grisados no salen óptimos. No se guíe por la impresión láser o digital de esta prueba de galera. Es conveniente que contrate un pliego aparte para poder imprimirlo con calidad fotográfica y asegurar así su óptima calidad.

Tenga en cuenta que la responsabilidad intelectual de la corrección queda en manos del autor; la editorial no se responsabiliza por las correcciones que no fueron señaladas por el mismo.

ENVIAR DATOS PARA EL CATÁLOGO

Para poder publicar el aviso gratuito y difundir el libro en nuestro sitio web y otros catálogos, es necesario que nos envíe **por e-mail a publicidad@dunken.com.ar**:

- 1) **Síntesis del libro: en 300 caracteres** (45 palabras, aprox.), en tercera persona.
- 2) Comentario sobre el autor: en tercera persona, una reseña sintética sobre cada autor.
- 3) Foto de autor: (solo enviar si no está incluida en la tapa del libro) digital o escaneada, 4x4 cm.

OBSERVACIONES:

AUTORIZACIÓN PARA IMPRESIÓN DEL INTERIOR DEL LIBRO

Completar solo en la última prueba de galera

Fecha: / /

Por la presente autorizo a Editorial Dunken a la impresión del interior del libro, según la presente prueba de galera.

De la misma, he controlado que::

- ☛ Título, subtítulo y nombre y apellido del autor/es son correctos y están igual en: portada, portadilla, ficha técnica (registro de ISBN), cabecales, tapa, contratapa, solapas y lomo.
- ☛ La acentuación de letras mayúsculas corresponde a un criterio homogéneo (tildar todas o ninguna) tanto para el interior como para las tapas.
- ☛ En el índice concuerdan los números de páginas con el inicio de cada capítulo o sección, así como también su correcta denominación y ortografía.
- ☛ Tengo fecha de presentación o evento en el cual necesito tener los ejemplares (si es así, indicar la fecha exacta) NO / SI - Fecha: / /
- ☛ Del mismo se imprimirán ejemplares. Esta autorización para publicar es por única vez, perteneciendo los derechos íntegramente al autor.

Observaciones:

Título del libro.....

Nombre y Apellido

Tipo y N° de documento

.....

Firma

.....

Aclaración

Notas:

- ☛ Tenga en cuenta que si la cantidad de páginas varió con respecto al presupuesto original, deberá ajustarse el importe según la nueva paginación.
- ☛ Una vez autorizado el interior del libro no será posible realizar cambios ya que es enviado a imprimir.
- ☛ Todos los derechos de autor que surgen en virtud del libro que se imprime corresponden al firmante. El contenido, (textos, dibujos, fotografías, ilustraciones, etc.) incluido tanto en el interior como en el exterior (tapa, contratapa y solapas), son por él proporcionados, garantizando la titularidad de los mismos. El firmante asume plena responsabilidad por cualquier daño o perjuicio que se genere por infracción de esta garantía.
- ☛ Las correcciones y el contenido del libro son responsabilidad exclusiva del autor/es. La editorial realizará solamente las correcciones que el firmante indique sobre la prueba de galera.

Además de la presente autorización, deberá autorizar la impresión de tapa.

MARCOS GINESTEL

**ENEMIGOS
DEL TIEMPO**

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2008

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11. 723
Impreso en la Argentina
© 2008 Marcos Luciano Ginestel
E-mail: marcosginestel@yahoo.com.ar
ISBN en trámite

DEDICATORIA

Hijo:

Algún día comprenderás que la vida es una caja llena de sorpresas que espera ser abierta. Ese día será para vos él más hermoso, porque querrás abrir esa caja a cada instante y seguramente, dentro de las sorpresas, encontrarás este libro.

AGRADECIMIENTOS

Debo agradecer a mi familia (esposa, cuñada e hijo), a Silvia por la comprensión y dedicación, a Franz Kafka por abrirme la cabeza, y a los libros que he leído, que me han ayudado a formarme como persona y a superar etapas complicadas de mi vida. Tampoco hubiera sido posible sin la ayuda y el conocimiento de Enriqueta, y agradecerle por saber comprender mis cuentos y mis locuras, y también a los que me apoyaron en todos los sentidos, (sobre todo económicos).

PRÓLOGO DEL AUTOR

*“Solo la belleza salvará
al mundo”.*

DOSTOIEVSKY

El proceso de escribir y publicar este libro, fue una de las experiencias más hermosas de mi vida. He cumplido un gran sueño, y no ha sido fácil.

Hacia años que las ideas me daban vueltas en la cabeza, pero no las podía sacar de ninguna manera. Hasta que una noche, en la cama, leí *“Once hijos”* de Kafka, y de pronto todo fluyó, me levanté inmediatamente y desde ese momento, no pude dejar de escribir.

El primer cuento, *Enemigos del tiempo*, es un sincero homenaje a los pequeños pueblos rurales y sus habitantes, muchos de ellos olvidados en el tiempo. Tuve la suerte de vivir un en uno de esos pueblos y atesoro recuerdos imborrables. Luego, poco a poco, fueron saliendo otros cuentos de mi cabeza: *“El acuerdo”*, *“La tienda”*, *“Imagina”*, y así sucesivamente.

Cuando empecé con *Enemigos...*, sentí que debía publicarlo. Curiosamente, ese cuento fue el último que terminé y el más largo del libro.

Creo que no prestamos suficiente atención a los pequeños detalles de la vida, tal vez porque vivimos distraídos, o demasiado apurados. *“Por eso creo que para pensar en el futuro, hay que recordar el pasado y vivir plenamente*

el presente". En esta experiencia de escribir, recuperé momentos que había olvidado por completo, y eso me dio una inmensa alegría.

No es difícil publicar un libro, lo difícil es escribirlo. Nuestro cerebro guarda sorpresas que esperan ser descubiertas. Espero que estos cuentos sirvan, al menos, para alimentar el alma y el corazón.

Esta experiencia para mí fue muy bella, y en algún sentido, esa belleza me salvó.

M. G.

PRÓLOGO DE SILVIA

–Sil, quiero que leas esto, a ver qué te parece, –me dijo Marcos una tarde, no hace mucho, cuando yo pasaba por su casa en corta visita. Me senté a leer y al terminar, tenía los ojos húmedos.

De ahí en más fueron muchos los cuentos que él me mandaba, yo corregía, y luego comentábamos.

Abría mi computadora con ansiedad, al saber que Marcos me había enviado un cuento. Y cuando leí “La tienda de los sueños”, “Carta a Mamá” y tantos otros, comprendí que ese torrente de imaginación no se iba a detener. Decidí alentarle y apoyarlo en su tarea, y le aconsejé recurrir a una entrañable amiga para que lo ayudase a encauzar esa creatividad.

Este libro merece salir a la luz, más allá de que el propósito inicial del autor fuera publicarlo para su hijo, su mujer y sus amigos. Si es verdad que toda vida es importante en la medida en que haya significado una contribución, estos cuentos aportan emoción y placer para el alma.

Me gustaría compartir, en estas páginas, algo de lo que sentí al leer estos relatos por primera vez:

“El coleccionista”, despierta sorpresa, confunde; indigna y cuestiona muchos comportamientos humanos.

“El eterno romance de la naturaleza”, nos traslada a las fantasías de la adolescencia.

“No puede”, es una reflexión sobre la importancia de los valores que les mostramos a los chicos.

Y no puedo dejar de mencionar el final de “Imagina” y de “La decisión”.

Es cierto que la objetividad debería ser inherente a toda crítica, pero también se sabe que es imposible ejercerla totalmente: siempre estará teñida de la personalidad de quien la escribe, de sus vivencias, de su propia historia. Pero, ¿qué importa? En este caso, está teñida de cariño y admiración hacia este autor que, a pesar de ser muy joven, supo sacar partido de lo que la vida le enseñó.

SILVIA PELAYO

Tandil, mayo de 2008

ENEMIGOS DEL TIEMPO

La gran ciudad en la cual vivía con sus padres no le producía temor a Sergio, pese a sus apenas siete años, y tampoco le costaba atravesarla, ya fuera caminando o en colectivo, y en muchas ocasiones solo. Eso lo hacía sentirse algo especial, además de generarle una profunda conexión con esa mole de asfalto y ruido, que para él era como el patio de su casa. Estaba cómodo y feliz de vivir allí, esa ciudad lo alimentaba permanentemente, y tenía la sensación de estar absolutamente conectado con ella.

Pero todos los veranos las cosas cambiaban radicalmente. Su familia se trasladaba de vacaciones a la casa de sus tíos Ricardo y Haydée, y quedaban atrás los hábitos de la gran ciudad. La escuela con esas enormes aulas repletas de niños, (algunos de ellos sus primeras amistades), la gran plaza central con el sector de juegos, (que siempre olía a pintura fresca), y los viajes en colectivo desde su casa al centro, cambiando de fila de asientos para poder contar, uno a uno, los árboles de eucaliptos enfilados al costado de la avenida principal. Pero en las vacaciones, todo eso desaparecía por un tiempo.

En nada se parecía el lugar donde Sergio pasaba los veranos, a su ciudad natal. De hecho, sus tíos vivían en un pequeño pueblo de campo, por donde alguna vez había pasado el ferrocarril trayendo consigo trabajo, sueños de grandeza y prosperidad. Pero todo se había desvanecido el día que esa simpática y ruidosa máquina había dejado de pasar. Fundado en el año 1886, el pueblo contaba con una de las estaciones de tren más imponentes para la época, y todo un símbolo de orgullo para los pueblerinos. En el año 1937

llegó a tener mil seiscientos ochenta y dos habitantes, pero para la época en la que Sergio visitaba a sus tíos, apenas vivían cuarenta personas. Fue entonces que, de ese pintoresco pueblito, quedaron un montón de ruinas, desolación y un puñado de familias prisioneras. Los tíos de Sergio formaban parte de ese grupo que observaba cómo, día a día, el pueblo se iba desvaneciendo. Desde muy pequeño, Sergio pasaba los veranos en ese lugar.

Ese año no iba a ser igual a los otros. Una aguda crisis familiar, que él desconocía, había generado cambios de planes. Esta vez no serían unas cortas vacaciones. Sergio tendría que vivir sin sus padres todo un año en la casa de sus tíos, asistir a otra escuela, alejarse de los que comenzaban a ser sus nuevos amigos, y sobre todo, dejar de convivir con la gran ciudad que lo hacía tan feliz. Al enterarse de la noticia quedó desorientado. Pese al profundo afecto que les tenía a sus tíos, ése no era su entorno, y estaría por primera vez sin sus padres. Fueron días de tristeza y de llanto, apaciguados por las palabras de aliento de su tía Haydeé. Pero pese a todo, nada lo consolaba, el vacío era enorme, ahora el tiempo empezaba a jugar un papel importante en la vida de Sergio, se estaba transformando en su mayor condena.

Todo empezaba a sentirse distinto en su cabeza, esos cambios no estaban en sus planes. En realidad, a esa edad los niños no tienen planes, tienen rutinas y costumbres adquiridas, y él las había perdido de un día para el otro. Todo lo que de alguna manera tenía sentido de pertenencia, se estaba desvaneciendo. Ahora vendrían cosas nuevas. Ese lugar le daría sorpresas que lo marcarían de por vida, y la más importante lo estaba esperando junto a la casa de sus tíos, en donde vivía la persona más solitaria de ese pueblo, más solitaria tal vez, que el pueblo mismo.

Zunilda cumpliría sesenta y cinco años en el mes de febrero, pero la vida, la soledad y ese condenado lugar, le habían cargado más años a su cuerpo. La vida en el campo no era fácil, carecían de luz y gas entre otras cosas, por lo cual los quehaceres diarios comenzaban al alba y terminaban al caer el sol. No era sencilla la tarea de conseguir agua, no era fácil cocinar, lavar la ropa, y había que cuidar a los animales de granja que eran el principal sustento: además, llegado el invierno, proteger la huerta de los fríos invernales y las plagas.

Ella había nacido, crecido y envejecido allí, y tenía la certeza de que moriría en ese lugar. Ya nada la conmovía, ni siquiera conservaba las historias de gente de su edad. En sus ojos claros sólo había soledad, y en su cuerpo, cansancio. Su pelo blanco almacenaba tristezas de pueblo, cosas que nunca pasaron y tiempo perdido. Cada día pasaba a cuentagotas, como en una cuenta regresiva. Sólo le quedaba esperar el momento en que ese maldito conteo terminara.

Zunilda lo conocía a Sergio de verlo pasar todos los veranos, pero él no la recordaba. Una tarde, alejándose un poco más allá de los umbrales de la casa de sus tíos, Sergio la vio parada debajo de la higuera que custodiaba la entrada a la casa. Tal vez en otro momento, no le hubiera llamado la atención, pero no había demasiadas cosas para hacer en ese pueblo y decidió quedarse a mirar. Primero observó la vieja higuera, luego miró el sendero de piedras que marcaba el camino de entrada hacia la casa. Atrás, notó una enorme huerta de vegetales, igual a la de sus tíos, y un corral con algunos animales. La antigua casa de adobe le llamó la atención, pero en realidad lo que más le impactó, fue ella. No sabía por qué, pero sus ojos se quedaron fijos en esa anciana, y por unos instantes que fueron eternos, las miradas

se cruzaron. Ni siquiera Dios fue testigo de ese momento. Sólo ellos, Sergio y Zunilda.

Eran las miradas de dos personas que se encontraban en caminos diferentes, pero esperaban exactamente lo mismo. Que el tiempo pasara... uno para volver a su vida, y la otra, para dejarla.

La puerta

Zunilda lo invitó a entrar y Sergio aceptó. La puerta estaba abierta, sólo tuvo que levantar un poco los pies, debido a un pequeño desnivel que servía para frenar el agua en caso de lluvia. Ella separó una silla de la mesa y le ofreció sentarse. Él no paraba de observar el lugar. La casa estaba compuesta por un comedor con una mesa rectangular de madera, y dos precarias sillas del mismo material. Completaban el lugar una enorme cocina a leña, una mesada, y arriba, unos estantes para guardar la vajilla y la comida. En la pared, algunos cuadros con antiguas fotos en blanco y negro decoraban el desdichado ambiente. El piso era de tierra negra apisonada y al fondo sobresalía una abertura con una cortina a modo de puerta, que conducía a la única habitación, en donde podía verse una cama antigua de dos plazas. Allí dormía Zunilda.

Sergio se sentó en una de las sillas y entonces ella le dijo:

—“Jovencito, mí nombre es Zunilda. Tal vez no se acuerde de mí, pero yo lo conozco desde que nació. Igual, hagamos como que nos conocemos desde ahora. (Entonces se dio vuelta, sacó un tronco de una caja de madera, abrió la pesada puerta de la cocina, lo tiró al fuego y continuó). —Esta es mi humilde casa. ¿Ve esa puerta? (Sergio miró ha-

cia la entrada), siempre está abierta, sólo la cierro de noche. Puede entrar cuando quiera, quedarse el tiempo que desee, irse cuando le de la gana. Pero siempre será bienvenido”.

Ese día Sergio se quedó apenas diez minutos, pero empezó a frecuentar la casa a diario, y a medida que pasaban los días, sus estadías se alargaron. De media hora, pasó a una hora, y en menos de una semana, la visitaba todas las mañanas y alguna que otra tarde.

Ella tenía dos vacas y un ternero. Él solía acompañarla cuando las llevaba a pastorear, y así empezaron a pasar más tiempos juntos. Hablaban de la vida, y comprendieron que tenían muchas cosas en común. Hasta que un día, Zunilda le propuso pagarle para que hiciera esa tarea, y él, entusiasmado con la idea, aceptó. La paga era unas monedas insignificantes, pero lo importante era el sentido de lo que estaba haciendo. Era su primer trabajo. Nunca se había imaginado que a esa edad, y en ese pueblo, viviría su primera experiencia laboral. Tanto le fascinó la propuesta, que se levantaba temprano a la mañana, desayunaba mate cocido con galleta de campo y manteca, pasaba a buscar a los animales por la casa de Zunilda, y la saludaba con un fuerte abrazo. Luego los llevaba a donde hubiera mucho follaje y poco tránsito, para asegurarse de que nada les pasara. Todas estas recomendaciones se las había dado ella, y él las cumplía al pie de la letra. En total, le llevaba de dos a tres horas, y esos momentos de soledad los estaba empezando a disfrutar sobremanera. Entre su trabajo, la escuela y las tareas en la casa de sus tíos, Sergio llegaba a la noche completamente cansado. Sólo veía la hora de comer, y acostarse a descansar, para estar nuevamente a pleno en la mañana siguiente.

Una noche, Sergio se despertó abruptamente. Había tenido un extraño sueño que lo había dejado con una sen-

sación de absoluta paz y tranquilidad. Al levantarse en la mañana, decidió contarles lo que le había ocurrido a sus tíos, pero no tuvo demasiado eco. Luego de desayunar fue a lo de su amiga, y ni bien cruzó la puerta, rápidamente le contó sobre el sueño que había tenido, en donde un anciano de barba gris le hablaba sobre cosas importantes que lo marcarían de por vida. Zunilda, sentada en una de las sillas, lo escuchaba atentamente. De repente, Sergio se quedó paralizado mirando una de las fotos que estaba colgada en la pared, y señaló en una de ellas al anciano que le había hablado en el sueño. Zunilda, con total asombro, giró, miró la foto señalada y le dijo a Sergio que no podía ser, porque ese hombre era su marido y había fallecido años atrás. Pero Sergio quedó atónito mirando la foto, él estaba completamente seguro de que ése era el hombre. Ella, al notar su extraño comportamiento, empezó a tomar en serio lo que ese jovencito le estaba contando. Comprendió que algo, en ese sueño, lo había conmovido. Sergio llevó los animales a pastorear y Zunilda se quedó sola, mirando con nostalgia la foto en la que estaba abrazada con el que había sido el único amor de su vida, la persona que ella siempre describía con sólo dos palabras: “mi ángel”. En más de una oportunidad miraba él cielo en la noche, con la ilusión de que él la estuviese mirando desde lo alto, y nunca se cansaba de preguntarle: “¿Por qué me dejaste tan pronto, por qué me dejaste tan sola?” Tal vez por eso, Zunilda había abierto la puerta, esperando que alguien la volviera a cruzar, para matar el tiempo... para matar la soledad.

Esa puerta les había cambiado la vida a los dos. A partir del día en que se abrió, Sergio descubrió otro lado de ese pueblo, y empezó a vivir las cosas de otra manera. Todo tenía otro sentido y cada vez se encariñaba más con ese lugar

y con lo que le estaba pasando. En un principio, había creído que su estadía iba a ser difícil, pero ahora sentía que todo estaba cambiado.

Ella, por su parte, comenzaba a ver cómo el tiempo pasaba más rápido. La soledad, su única compañía, era reemplazada por la cálida amistad de ese jovencito, que le estaba dando otro sentido a su vida. La puerta los estaba ayudando a combatir el peor enemigo de ambos: el tiempo.

Y el tiempo pasó volando, el año que al principio parecía eterno, llegó a su fin en un abrir y cerrar de ojos. Sergio tuvo que volver a su ciudad, pero se había llevado de ese pueblo un montón de enseñanzas y lindos recuerdos. Pero lo más importante fue la amistad de esa viejita de los pelos grises y de mirada triste. Se fue llorando, con la esperanza de regresar al año próximo a pasar otro verano más, como tantos, esta vez, con otras ansias.

Sin embargo, pasaron muchos años hasta que pudo volver al pueblo. Ya no era el niño de antes, ahora era un adolescente. El tiempo otra vez le había jugado una mala pasada y lo mantuvo alejado de ese lugar. Finalmente un día regresó, y ansioso, saludó a sus tíos e inmediatamente pensó en ella. Había imaginado tantas veces el reencuentro, que no pudo esperar ni un segundo, y corrió hacia la casa de Zunilda. No veía la hora de abrazarla y que ella pudiera verlo a él, convertido casi en un hombre. Pero al llegar, la puerta que él tantas veces había cruzado estaba cerrada, y la casa, vacía. Sus tíos, luego, le contarían que poco tiempo atrás, su hijo la había llevado a la ciudad cercana en donde vivía, y allí la había internado en un geriátrico. Ella ya no podía manejarse sola, a causa de su deterioro físico y mental.

La tristeza fue enorme, nada podía consolarlo. Se sentó en absoluta soledad en la puerta de la casa de Zunilda. Trató de recordar todos los momentos vividos con ella y no podía dejar de llorar. Pasó horas lamentándose de no haber podido volver antes. Hasta que, resignado, se imaginó el momento en el que Zunilda se iba de su casa y lo guardó en su memoria, como si él hubiese estado allí presente. La vio sentada en la parte trasera de un auto, y mientras se alejaba, ella se daba vuelta para mirar por última vez, cómo todo lo que la había acompañado en su vida, desaparecía de su vista, con la absoluta convicción, además, de que jamás volvería. En ese momento, Zunilda empezaba a comprender que el tiempo le estaba ganando la batalla. Pero al mirar atrás, sintió que algo faltaba: era ese jovencito que años antes la había reconciliado con el tiempo. Lamentablemente, nunca le había dicho lo feliz que había sido al haberle dejado la puerta abierta.

Zunilda se fue del pueblo un nueve de Agosto de 1985 y falleció unos años después. Sergio nunca pudo verla antes de morir, sólo le quedó su recuerdo y esa imagen de su despedida.

El umbral

De regreso a su ciudad puso en marcha un proyecto que hacía tiempo rondaba en su cabeza. Ir en busca de su destino. Una mañana al despertar se dio cuenta de que había llegado el momento. Cargó en su mochila lo necesario para viajar, tomó los ahorros que tenía en una cajita de cartón, y dejó una carta a su madre que decía:

“Mamá; me voy de casa por un tiempo, no sé si van a ser dos días o un mes, pero es necesario que lo haga. Hay algo dentro de mí que me lleva a hacer un viaje en busca

de mi destino. Estoy seguro de que con el tiempo lo vas a entender. No quiero que te preocupes, aunque sé que es inevitable, pero quiero que tengas la tranquilidad de que voy a hacer todo lo posible para estar bien y regresar a casa lo antes posible. No quiero que pienses cosas malas, no es nada de eso. Prometo que voy a pensar mucho en vos y tal vez este alejamiento nos sirva para extrañarnos un poco, después de los momentos difíciles que hemos pasado. Te quiero mucho y espero verte pronto.

Sergio”.

Entonces se dirigió a la estación de trenes que quedaba en la otra punta de la ciudad.

Alguien le había dicho que para ir en busca del destino, tenía que hacer un viaje en soledad, dejando que las cosas fluyeran. La consigna era simple: tomar el primer tren que saliera, fuera donde fuese.

Era mediodía cuando miró la pizarra de salidas de la estación, que informaba que el próximo tren partía en una hora, con destino a las montañas al sur del país. Eso lo entusiasmó y fue rápidamente a sacar el pasaje. Salió al andén y aunque faltaba un tiempo considerable para la hora de salida, subió a recorrer los vagones, en busca de una buena ubicación.

El tren partió hacia la montaña y en su cabeza sólo había una incógnita ¿donde terminaría este extraño viaje? Luego de un buen rato mirando el paisaje, se durmió. Fue un sueño muy profundo y acogedor, pese a las pocas comodidades del tren. En un momento, sintió necesidad de ir al baño, ése no era el lugar más lindo que tenía el tren, pero no le quedaban demasiadas opciones. En el baño, las paredes estaban todas escritas con nombres, saludos y frases y mientras estaba sentado, se puso a leerlas, para matar el tiempo. Una en particular le llamó la atención. Decía: “Estación Vásquez, la

salida del tren mágico”. Volvió a su butaca pensando en esa frase, preguntándose qué significado tendría. Era de noche y no quedaba más para mirar, y seguía pensando de qué se tratarían esa estación y ese tren.

El guarda pasaba de recorrida por el vagón, pidiendo boletos a los pasajeros y Sergio vio la oportunidad de preguntarle y sacarse las dudas sobre ese lugar. El hombre le respondió que casualmente era la próxima parada, y que de ese lugar partía un antiguo tren que se dirigía más al sur todavía, a un remoto lugar, pero no sabía más.

Sergio no lo dudó un instante, pensó que nada era casualidad y preparó sus cosas para bajar en la próxima estación.

Pasaron algunos minutos. Cuando empezó a sentir cómo el tren aminoraba la marcha, se incorporó, tomó sus cosas y se paró en la escalera de la puerta. Era una hermosa noche de fines de verano, y podía sentir en la cara una cálida brisa. Cerró los ojos, respiró profundo y al volver a abrirlos, el tren ya estaba casi frenando en el andén. Bajó, y notó que sólo él había descendido. Caminó hasta uno de los bancos apoyados contra la pared y, al darse, vuelta vio como el tren se marchaba. Miró hacia la estación y notó que las puertas estaban cerradas, entonces se sentó relajado, a esperar el amanecer.

La primera luz del día le daba directamente en la cara y lo despabiló. Abrió los ojos y quedó maravillado con la vista. El sol estaba en sus primeros segundos y salía directamente frente a él. Giró la cabeza y vio que la puerta de la estación ahora estaba abierta. Entró, y el lugar le pareció imponente: por su tamaño, su antigüedad y cuidado. Al fondo, podía verse la boletería y en su interior, un hombre anciano

con los cabellos y la barba totalmente grises. Se dirigió a él, le pidió un boleto, y el hombre le cobró diez pesos. Al pagar, Sergio quedó con la mano extendida esperando, pero el hombre lo tomó del brazo y le dijo:

–¡No hace falta!

En ese momento se escuchó el sonido de un motor en marcha y hombre le dijo:

–Su tren lo está esperando, jovencito.

Salió corriendo y ante su asombro, vio a unos metros del andén una antigua locomotora negra que tiraba una bocanada de humo por el costado, y tres pintorescos vagones que parecían sacados de un museo. Todo era reluciente y de tamaño llamativo, por lo pequeño. Medía la mitad del ancho del tren que lo había llevado hasta ese paraje. Salió caminando y al llegar al final del andén, vio algo que de noche no había podido notar. No había ningún pueblo detrás de la estación, ninguna calle, ninguna casa, sólo ese lugar perdido en el paisaje. Empezó a pensar que el destino estaba haciendo de las suyas, y con una curiosidad cada vez más grande, siguió camino hacia el misterioso tren mágico.

Subió las escalinatas, abrió la puerta de madera pintada de celeste y blanco, y en el primer asiento que vio, se sentó. Acomodó su mochila a un lado y empezó a reconocer el lugar. Ventanas con vidrios repartidos dejaban ver el paisaje y en el centro. Una salamandra con un caño que salía por el techo, para las noches de frío. El piso era de pinotea, perfectamente lustrada, y el lugar olía a aire puro. El tren lentamente se puso en marcha y pasados unos minutos, Sergio notó que la velocidad máxima igualaba a la de una persona corriendo y esbozó una irónica sonrisa, dada la curiosa situación. Cada tanto se levantaba de la butaca y en

las lomas, al reducirse la velocidad, podía bajar del tren e ir caminando para estirar sus piernas y volver a subir de un salto, sin quedar atrás. Pasó el día y llegó el atardecer, el sol estaba perfectamente enfilado al otro lado de donde lo había sorprendido en la mañana. De pronto se abrió la puerta que unía un vagón con otro, y vio entrar al hombre que le había vendido el boleto en la estación. Ahora podía verlo de cuerpo entero, y le llamó la atención su altura, pese a que iba echado hacia delante, y podía ver claramente en sus manos, muchos años de trabajo esforzado. El hombre se sentó frente a él, lo miró y le dijo:

–¿Sabés exactamente dónde estás?

–Creo que no, –le contestó Sergio.

–Mi nombre es Lea, y este tren es mágico. Vivo aquí desde hace años y he dado los paseos más hermosos en él. A vos, Sergio, te trajo el destino, porque te tiene preparada una sorpresa especial.

–¡¡Más sorpresas!! ¿Adónde vamos realmente? – preguntó Sergio.

–Vamos al umbral de la vida. Un lugar donde hay una línea casi invisible, que apenas se puede ver, y separa los opuestos. De un lado verás la alegría, del otro la tristeza; en uno la vida, en el otro la muerte; lo bueno, lo malo; lo lindo, lo feo. Al ver eso, comprenderás muchas cosas que para el mundo son enigmas, que harán que veas la vida de otra manera. En resumen, verás lo que muy pocos han visto.

–¿Y que tengo yo de especial para ser testigo de eso?

–Justamente no tener nada de especial es tu virtud. Sólo unos pocos vienen aquí, y lo hacen con un propósito: entender muchas cosas que te ayudarán a mejorar tu vida y la de los demás. A tu regreso no harás una película de esto,

no escribirás un libro, ni sacarás rédito con esta experiencia. Solo te lo guardarás y lo usarás para una vida mejor.

–Perdón, pero me cuesta entenderlo.

–Ya lo sé. ¿Te acordás que yo te dije que este tren era mágico? En realidad si te ponés a pensar fríamente, muchas cosas con las que convivimos en este mundo son mágicas; con sólo ver la belleza de una flor, o el imponente tamaño de los mares, te vas a dar cuenta de que estamos rodeados de pura magia. Pero los humanos no nos damos cuenta porque le tememos a lo mágico, a la belleza y a lo desconocido, y eso hace que destruyamos lo que no comprendemos.

Sergio estaba con la boca abierta y lo que no sabía era que aquello recién comenzaba.

El tren fue perdiendo velocidad y Lea, con una leve sonrisa lo miró a Sergio y le dijo:

–Hemos llegado, pero antes de continuar, debo contarte algo más: cuando bajes del tren, físicamente tendrás siete años. Porque a esa edad te sucedieron ciertas cosas que dejaron una marca en tu inconsciente; y que te ayudarán a comprender mejor lo que ahora vas a experimentar. No te asustes, sólo será mientras estemos en el umbral. Después, volverá todo a la normalidad.

Sergio estaba totalmente confundido, trató de recordar cosas vividas a la edad que le había mencionado el anciano, pero era tal la ansiedad, que no pudo encontrar nada significativo. Entonces, asintió con la cabeza. Para ese momento, ya estaba entregado al destino. Bajaron del tren y comenzaron a caminar hacia donde estaba oscureciendo y, mientras lo hacían, Sergio se miró y comprobó que sus manos y su cuerpo eran los de un niño. Sintió la mano de Lea en su hombro y escuchó que le decía:

—Sergio, hemos llegado, es necesario que cierres los ojos por unos segundos y luego los vuelvas a abrir.

Sergio los cerró, y al abrirlos quedó atónito. Vio lo que jamás se hubiera imaginado, todas las cosas que en la vida conviven juntas, aquí se encontraban totalmente separadas. Se podía distinguir perfectamente el bien, del mal; la belleza, de la fealdad; la vida, de la muerte; el amor, del odio; la verdad, de la mentira; la alegría, de la tristeza; y así sucesivamente. Todo estaba en su estado más puro, más concentrado. Era una experiencia magnífica y sumamente enriquecedora. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su boca se secó. A punto de perder el conocimiento, escuchó a lo lejos una voz femenina, que le resultaba conocida y que le decía suavemente: “La puerta siempre está abierta”. En ese momento Sergio se desmayó.

El traqueteo de tren lo despertó y se incorporó asustado, se miró el cuerpo pensando que aún tenía siete años, pero constató inmediatamente que estaba en la edad actual. Miró a su alrededor y se vio en el mismo tren que había salido de su ciudad, y la misma gente que estaba sentada en el vagón en el momento de dormirse. El guarda se le acercó, le pidió el boleto y le preguntó si viajaba seguido. Él, sacando el boleto del bolsillo del pantalón, lo miró y no pudo contestarle. Aún estaban en su cabeza la estación Vásquez y su tren mágico, el misterioso anciano de barbas grises y la voz de esa mujer. La sensación fue tan real, ¿o había sido sólo un sueño? Sergio nunca lo sabría, pero de algo estaba era seguro: había encontrado la puerta para combatir al tiempo, pero comprendía que pese a los esfuerzos, el tiempo siempre gana.

EL CARNAVAL

La triste mirada de Henry, estaba fija en el desértico, largo y angosto camino que transitaba a paso firme. A esa llanura la rodeaban unas altas y hermosas montañas, en las cuales la variedad de colores, rojos, verdes y grises, se fundía con el profundo azul del cielo. Era un lugar extraño, para un hombre extraño.

Vagaban por su mente las palabras que su hijo le había dicho unos años atrás: “Padre, comprendí el sentido de la palabra “*vida*”. “Tiene la “V” de verdad. Las personas tienen que estar acompañadas siempre por la verdad”. “La “I” de inteligencia”, “La “D” de dignidad; uno debe ser digno con uno y con el prójimo”. “Y la “A” de alegría. Padre, la vida debe ser vivida alegremente en todos los sentidos”. Esa última letra en particular, era la que más lo había conmovido y lo había llevado a ese exótico lugar, cuando entendió que faltaba algo en su vida.

El sol seguía bien arriba de su cabeza y el calor lo abrumaba, pero la grandeza del paisaje y la soledad lo hacían sentirse libre. No sabía adónde llevaba ese camino, él sólo caminaba, alejándose de todo, en busca de la nada.

De pronto, Henry divisó a la distancia un pequeño asentamiento de casas rústicas, perfectamente encuadradas al costado del camino. Entonces apuró el tranco. Ese podía ser un buen lugar para descansar y saciar la sed provocada por el calor y la caminata.

A los pocos minutos, ya se encontraba en las calles completamente desiertas del pueblo, y notó dos cosas que

le llamaron profundamente la atención: en primer lugar el silencio, y en segundo lugar cómo todo se veía de un solo color. Las casas, las calles, las veredas, todo era color arcilla. Uno de los edificios en la esquina parecía una vieja pulpería. Tenía un cartel con la inscripción: "*La peña del fin del mundo*". Las ventanas estaban cerradas y la puerta también, pero al acercarse un poco, Henry escuchó un leve murmullo del interior, entonces probó abrir la puerta, en busca de refugio y un vaso de agua fresca. Al entrar, vio asombrado que el local desbordaba, a tal punto que le resultaba difícil avanzar. No podía creer lo que estaba viendo: en ese pueblo remoto y desolado, una peña llena de gente y de alegría, donde todos bebían, cantaban y bailaban. De las paredes colgaban hermosas guirnaldas de colores y flores de papel; y un grupo de gente hacía sonar extraños instrumentos de sonidos armónicos.

Haciéndose lugar entre la gente, enfocó su mirada hacia la barra y trató de llegar allí con paciencia y esfuerzo. En el trayecto, se topa con uno de los parroquianos, que al notar que se encuentra frente a un forastero, le da la bienvenida con su más sincera sonrisa y un fuerte abrazo. En ese momento, Henry nota que de la boca del hombre emana un fuerte olor a vino, y como jamás bebe, le produce un poco de repulsión pero devuelve el saludo en acto de cortesía.

En un instante, el parroquiano levanta su mano derecha, alzando el vaso repleto, y con una deformada, pero agradable sonrisa, (que deja ver la falta de servicio odontológico en el lugar), le ofrece beber. Eso no está en los planes de Henry, así que con un gesto agradece la invitación. Lo que él no sabe es que la tradición milenaria del lugar consiste en aceptar siempre la bebida que a uno le ofrecen. Al ver como el vaso sigue insistente frente a su pecho, decide aceptar y

toma un trago para evitarse problemas. En ese momento el parroquiano, negando con la cabeza, se le acerca al oído y le dice:

–¡¡Todo!! Aquí se bebe todo de una vez.

Y de nuevo la desdentada sonrisa se hace presente. Comprende que no puede negarse. No acostumbrado a beber alcohol, cierra los ojos y lo bebe de una vez, y en ese momento comienza a tener una extraña sensación. Como un golpe seco en la deshidratada cabeza, seguido de un enorme cosquilleo en la piel, acompañado de excitación y alegría. El líquido rojizo de fuerte aroma, baja por su sediento cuerpo hasta las extremidades. Henry, aún con sus ojos cerrados, se deja llevar por esa sensación, no puede evitarlo. El aún no lo sabe, pero lo que está experimentando es lo más puro que tiene ese lugar: EL CARNAVAL. Esa tradición, que la gente de ahí festeja religiosamente, con música, baile y mucho vino. Pero sobre todas las cosas, alegría, algo que sin saber Henry viene necesitando desde hace años. Eso lo que lo ha llevado a caminar esas llanuras inhóspitas.

No pudo recordar cuando se había dormido, pero al despertar se sintió distinto. Algo en él había cambiado, pese a la intensa jaqueca, lo invadían la libertad y el júbilo. Se incorporó, y mirando a su alrededor comprendió que había dormido casi un día entero. En el lugar todo estaba igual que el día anterior; la gente, las flores, la música y el vino. Se sentía un reo, a la falta de aseo se le sumaba una sorpresiva borrachera. Sin embargo, algo en su interior estaba renovado. La sensación era de tanta felicidad que no podía borrar la sonrisa de su rostro, y había desaparecido la presión en el cuello que lo acompañaba desde tanto tiempo atrás.

Por instinto caminó hacia la puerta para retirarse, pero en el camino se volvió a cruzar con el simpático parroquiano, que le repitió la invitación. Esta vez Henry no dudó un instante y bebió, bebió y volvió a beber, mientras bailaba con la narcotizante música de fondo.

Nunca más se fue de ese pueblo, pasaron diez alegres carnavales de música y vino, hasta que su cuerpo no dio más. Henry se llevó en su corazón el recuerdo de la alegría, y en su alma el espíritu del carnaval. Se fue de ese pueblo y de este mundo, después de volver a vivir.

LA DECISIÓN

Se despertó esa mañana empapado en sudor, como casi todas las anteriores, pero este vez miró a su alrededor y vio las valijas que él mismo había preparado a la noche. También estaban las cajas donde había guardado los pocos objetos que lo acompañaban en su vida y se dio cuenta de que sus pensamientos no eran los mismos que los de la vigilia. Se sentó en la cama y trató de pensar de la manera más clara, pero le era imposible. Todo era confusión. Sabía que tenía que irse porque en un tiempo no muy prolongado algo lo iba a matar, su corazón no resistiría lo que él sabía que pasaría.

Últimamente las cosas se habían tornado raras en su cabeza y empezaba a creer que la situación lo superaba. Por eso la noche anterior había armado las valijas con descuido, bien rápido, cosa de no pensar demasiado mientras lo hacía. Al terminar había tomado las fotos pegadas en la pared y un puñado de poemas sin sentido, los había guardado en una caja de cartón, y cerrada con cinta de embalaje. Se metió en la cama y ni siquiera prendió el televisor. Cerró los ojos e hizo fuerza para dormir porque sabía que no le iba a ser fácil. Durante media hora no pudo parar de recordar cómo había llegado a ese momento, y cómo todo esto había comenzado. Comprendió que la memoria es el peor enemigo de los que sufren por el pasado, que es imposible medir las consecuencias de lo que uno hace hoy y cómo lo va a recordar mañana. Pero lo hecho, hecho estaba y no había vuelta atrás, ahora debía pensar en él y en cómo sobrevivir. Una de las opciones era huir, dejar atrás todo, pero de la mente

no se puede huir. La otra, era enfrentar la situación aunque el precio fuese muy alto, y había que tener mucha determinación y valor.

Pero no dudó. Desarmó las valijas, guardó su ropa y efectos personales y decidió no huir, y quedarse a seguir sufriendo por el amor de esa persona que no le correspondía.

NO PUEDE

Frente a la casa en donde vivimos con mi familia, hay un enorme edificio que pertenece a una escuela estatal y, con el pasar de los años, se ha ido transformando en el hogar de palomas y otras aves.

Nuestro hijo de dos años les prestaba mucha atención a esos pájaros, y los llamaba “*Pipís*”. En ocasiones se paraba en el patio y los contemplaba, tal vez con la ilusión de poder tocarlos. La distancia le impedía llegar, pero él miraba, con la intención de hacerlo de alguna forma.

Un día comenzó a saltar desde el patio mirando hacia el edificio. Lo intentó dos veces y al darse cuenta de que era imposible, me miró y me dijo: “No puede, papi”. En ese momento me di cuenta de que él aún no había perdido algo que algunos adultos sí perdimos hace mucho tiempo. La ilusión de poder llegar a algo, no importa la distancia, ni el tiempo. Al comprender eso, intenté participar de su ilusión e inmediatamente le pregunté si quería ver cómo yo también lo intentaba, y me dijo que sí con la cabeza. No lo dudé, y di un salto igual que él. Obviamente, tampoco llegué a los pájaros y le dije; “–Papá tampoco puede, ¿quieres que intentemos juntos?”, y nuevamente dijo que sí con la cabeza. Lo subí a mis hombros, le pedí que levantara las manos intentando llegar a las palomas, y salté lo más alto que pude, pero por tercera vez, fallamos en el intento. Entonces lo bajé, me agaché, lo tomé de las manos y le dije: “*Hijo, aunque no estés completamente seguro de llegar a un lugar, nunca debes de intentarlo,*

MARCOS GINESTEL

porque cuando las personas crecen y pierden la ilusión de llegar a algo, muchas veces ni siquiera lo intentan”.

LA TIENDA DE LOS SUEÑOS

Le llevó tiempo y trabajo dar con la dirección que le había pasado un amigo de la infancia, pero al fin lo había logrado. El local tenía un inmenso cartel luminoso en la entrada, que sobresalía hacia la vereda y en él decía: “Tienda de los sueños” y abajo, en una letra más pequeña, “donde soñar no cuesta nada”. Abrió la puerta de entrada, subió con cuidado el escalón y se dirigió hacia el mostrador. Vestía un sombrero gris, unos lentes negros y piloto para lluvia, aunque en realidad, ese día no llovía. El sabía que su apariencia no era normal, pero no le importaba demasiado. Posó sus manos en el vidrio del mostrador y le preguntó al hombre que estaba atendiendo:

—¿Le importaría explicarme de qué se trata “La tienda de los sueños”?

El hombre del mostrador, que rondaba los cuarenta y cinco años de edad, tenía una nariz prominente y su frente ya llegaba hasta la nuca. Le contestó:

—Esto es muy sencillo caballero, aquí vendemos una extensa variedad de pastillas que, una vez ingeridas, lo harán disfrutar a usted de un placentero sueño.

—¿Y que se puede soñar, por ejemplo?

—Verá, tiene desde sexo con mujeres hermosas (grupal si desea), el sueño del millonario exitoso, estrella de hollywood, cantante famoso, etc. Cada pastilla tiene un valor de cincuenta pesos. Debe tomar una, antes de ir a dormir. El sueño dura veinte minutos, pero usted recordará los últimos cinco, y si me compra tres juntas, le puedo hacer ciento veinte pesos. Usted dirá.

El misterioso hombre meditó un instante y le preguntó:

—¿Tiene alguna pastilla que me haga soñar con un cálido amanecer en las montañas?

Al hombre del mostrador le llamó la atención el pedido, pero se dio vuelta sin decir nada y enseguida fue a revolver los cajones más alejados. Luego de unos minutos regresó con una pequeña bolsa transparente, cerrada con un gancho de metal, que contenía una pastilla amarilla.

—Aquí tiene —le dijo—, ¡Un bello amanecer en las montañas!

—¿Cuánto le debo? —preguntó el forastero.

—Mire, le voy a ser sincero, estos sueños no los compra nadie. Así que le voy a hacer precio. Déme veinte pesos y ya está.

El hombre metió su mano derecha en el bolsillo del pantalón, y luego de tantear unos segundos, sacó un flamante billete de veinte pesos. Agradeció, dio media vuelta y se marchó del local.

Llovía a cántaros esa tarde, y el hombre de “La tienda de los sueños”, creía que nadie más iba a ingresar al local, pero para su asombro, se abre la puerta y nuevamente el misterioso hombre del sombrero, los anteojos y el piloto, se hace presente, lo saluda y le dice:

—Debo reconocer que he soñado con el amanecer más hermoso que uno pueda imaginar, así que he venido por otro sueño más.

—¿Qué le ofrecemos hoy? Algo de más acción ¿le parece? Le aconsejo la del millonario y las de sexo, son las que más lleva la gente.

–Le agradezco, pero ¿tendría algo así como un atardecer en la playa, con el sol escondiéndose en el mar?

El hombre asiente con la cabeza y nuevamente, sin preguntar nada, regresa a los cajones de la punta del mostrador y, luego de varios minutos le entrega al misterioso cliente un envoltorio similar al anterior, pero esta vez con una pastilla naranja.

–¿Cuánto le debo? –preguntó el hombre.

–Señor, voy a ser sincero con usted una vez más, nadie lleva esta clase de sueños y hoy, debido a la lluvia, no tuve demasiado trabajo, así que la pastilla es invitación de la casa. Pero, si me disculpa, tengo una pregunta para hacerle: Teniendo tantos otros sueños placenteros, ¿por qué decide llevarse éstos?

–Le agradezco su regalo y con mucho gusto le doy su respuesta, pero antes respóndame usted a mí: ¿Cuántos amaneceres vio en su vida?

–Creo que muchos, no recuerdo exactamente.

Fue entonces cuando el misterio hombre se sacó los lentes, dejó ver que sus ojos eran totalmente blancos y le dijo:

–Mi nombre es Alberto, y soy ciego desde que nací. He tratado muchas veces de imaginarme un amanecer o un atardecer, pero la verdad me ha resultado muy difícil, por el solo hecho de jamás haber visto ninguno. Pero ahora, al menos, puedo soñar con ellos.

Se colocó nuevamente los anteojos. Dio media vuelta y se fue.

LA ENSALADA

Mientras miraba atentamente la ensalada de fideos que tenía frente a mí, podía oler la variedad de aromas, que iban desde la albahaca, pasando por el aceite de oliva y hasta la pimienta. Acerqué mis dedos por encima, para probar la temperatura, y enseguida noté que estaba totalmente fría.

Solía comer con frecuencia en ese restaurante, la mayoría de las veces solo, y nunca había probado ese plato. Debo confesar que siempre lo miraba con curiosidad en el menú, pero jamás me había animado a pedirlo.

En una oportunidad había ganado una importante suma de dinero con un par de reyes y ochos, y para festejar la suerte, pedí unos bifés a la riojana con una cerveza bien fría. Aunque después tuve que visitar la guardia de la clínica, valió la pena.

En otra oportunidad, luego de regresar de unas merecidas vacaciones, vinimos con amigos, para mostrarles fotos del viaje y contarles lo que se siente al bajar de la montaña con los pantalones rotos a la altura de los genitales.

En esa ocasión, el menú fue el mismo para todos; milanesa de ternera con huevos fritos y papas fritas. Algunos pidieron gaseosas, pero yo seguí fiel a la cerveza bien fría.

Otra vez, inmediatamente después de terminar una relación de dos años, vine solo al restaurante y me di una regia panzada de fideos blancos con manteca y queso rallado.

Alguna que otra noche en busca de un amor, degusté en buena compañía una exquisita pizza a la piedra con muzzarella y cerveza, ella además comió un helado, pero yo preferí un postre menos elaborado.

Mientras seguía recordando y mirando el plato, el mozo notó mi cara de desconcierto frente a la colorida ensalada de fideos presentada en un plato hondo, salteada en oliva con pimientos rojos y amarillos cortados en finas tiritas, brotes de verde brócoli, zucchini cortado también muy fino y para el toque final una pizca de salsa de soja. ¡Una pinturita!

Pero en realidad, y aunque la apariencia era muy buena, yo no entendía demasiado ese plato. Me preguntaba por qué, de todas las veces que había comido en ese lugar, ése era el día que había elegido para pedirlo. Miré al mozo y pensé: ¡realmente hoy, es uno de esos días en que me gustaría compartir la mesa con alguien!

Haciendo memoria, recordé un domingo al mediodía, cuando con mi madre nos comimos unas exquisitas pastas rellenas, con tuco y crema. Debo reconocer que ese almuerzo fue ideal, repleto de charlas y cuentos familiares. Alguna que otra vez, al terminar la semana laboral, veníamos con mis compañeros a comer una rica picada con una extensa variedad de quesos, embutidos, y un aperitivo con hielo y soda, para luego terminar la noche jugando a las cartas.

Le pregunté al mozo si la ensalada de fideos estaba condimentada o, al menos, debía ponerle queso rallado. Él sonrió y me dijo que, en términos gastronómicos, nada estaba predeterminado, pero que él jamás había visto que alguien le agregara algo más de lo que ya traía. Teniendo en cuenta el comentario del experimentado señor, opté por hacerle caso y no agregarle nada. Le pedí una exquisita agua mineral sin gas, y con una galletita sin sal en la mano izquierda, y el tenedor en la derecha, me dispuse a degustar el primer bocado. Mientras masticaba la ensalada de fideos, con la mirada en la nada, me di cuenta que hacía mucho tiempo que no me sentía tan solo. Tanto, que éste restaurante seguramente no estaría abierto aún, y tampoco en el menú figuraría este solitario y aburrido plato.

EL ASCENSO TAN ESPERADO

Federico Brown llegaba puntualmente todos los días a las oficinas en las que trabajaba desde hacía un año y medio. Tenía muy poca relación con sus compañeros, y en realidad no era la persona más querida de la empresa. Cuando llegaba de mal humor no saludaba a nadie, y cuando era uno de sus buenos días, apenas levantaba el brazo acompañado de un tibio saludo mientras se dirigía a la maquina de café, para posteriormente quejarse en voz alta de que estaba mal. Sin embargo, él nunca participaba de la preparación, como sí lo hacían sus demás compañeros, y eso a ellos los enfurecía. A media tarde, cuando el trabajo mermaba, comenzaba el ritual de hacer bromas a sus compañeros de oficina, teniendo como víctimas más frecuentes a los que eran calvos, panzones, o con algún otro defecto físico.

Federico Brown tenía una personalidad fuerte, y eso era una gran ventaja por sobre los demás, y aunque a todos les molestaba su forma de ser, no hacían más que agachar la cabeza y, mordiéndose los labios, continuaban con su tarea administrativa.

No era ésa su única ventaja. Federico Brown era una persona muy inteligente y capaz, y se había convertido para el directorio de la compañía en una promesa a corto plazo. Eso significaba que el próximo ascenso de la pujante empresa contable, con seguridad sería suyo. Él sabía eso, y potenciaba la crueldad con sus compañeros de trabajo. Quizás por eso, al momento de sufrir sus desmanes, nadie se animaba a contestarle o reprocharle absolutamente nada. Federico Brown era lejos el que mejor se vestía, gastaba gran parte de

su salario en trajes de marca y corbatas a la moda. Cuidaba su figura en el gimnasio, siempre estaba con un buen color en su piel, olía a perfumes refinados y caros, y en ningún momento se despeinaba. Siempre estaba impecable y eso al gerente le encantaba. Federico Brown daba perfectamente con el perfil para el nuevo puesto: Gerente de relaciones comerciales.

Un lugar importante dentro de la compañía y con un abultado salario.

Oswaldo Jiménez trabajaba en las oficinas con un uniforme violeta y amarillo, llevando consigo un carro con rueditas cargado con todas las cosas que necesitaba para su tarea en la compañía: trapo de piso, cera, escurridor, escoba, franela, limpia vidrios, haragán y lustra muebles, entre otras cosas. Siempre con la cabeza gacha, él iba de un lado a otro tratando de que todo estuviera limpio y en orden. Era sumamente callado y andaba siempre de buen humor. En los veinte años que llevaba en la empresa, jamás había tenido problemas con nadie. En contadas ocasiones, mantenía un trato cordial, en voz baja, con algunos del área contable. Pese a que sabía que estaba en su techo laboral, se contentaba con su trabajo y realmente lo hacía bien. A tal punto, que en algunas reuniones de directorio se llegó a mencionar la excelente tarea del área de limpieza, a cargo de Oswaldo Jiménez. Él lo sabía, y eso lo alentaba lo suficiente como para no defraudarlos. En más de una ocasión tuvo propuestas de otras empresas. El gerente general, sin dudarlo, inmediatamente le había ofrecido un aumento a fin de retenerlo. El único problema de Oswaldo Jiménez era Federico Brown. Si con los de su misma categoría era despiadado, con Oswaldo era realmente cruel. Hasta llegó a dedicarle tiempo en su

casa, pensando en distintas formas de torturas psicológicas, para implementarlas en contra del sujeto de la limpieza. Pasar por al lado del escritorio de Federico Brown era el peor momento del día para Osvaldo Jiménez, y el hubiera querido disimularlo, pero no podía. A su paso por ese escritorio, escuchaba comentarios en voz alta como: “¿Alguien vio a la Cenicienta?”, “Qué lindo uniforme están usando en esta empresa!”, “¿Alguien necesita que le planchen la camisa?” Para Osvaldo Jiménez antes no había sido así, pero desde un año y medio atrás esto ya era cosa de todos los días. Un desgaste mental permanente iba de a poco agotando su paciencia y lo enfurecía cada vez más.

A Federico Brown le llegó el rumor de que al día siguiente lo iban a llamar de Gerencia para darle la preciada noticia del ascenso. Ese día, Federico entró como nunca a las oficinas. Su mirada destilaba desprecio hacia todos los presentes y su sonrisa de superioridad era sensacional. Los compañeros de trabajo, al verlo entrar, comenzaron a sudar y a creer que ahora sí, empezaba lo peor. Hablaban despacio entre ellos, y sacaban las peores conclusiones de lo que iba a suceder cuando este personaje obtuviera el ascenso tan esperado. Federico Brown percibía todo eso, y lo disfrutaba por adelantado.

Se había vestido con su mejor traje, había gastado más de la mitad de su sueldo en un par de zapatos italianos, se había tomado un buen rato para elegir el perfume que se iba a poner, y al mirarse al espejo, antes de salir, había dicho las palabras mágicas: “Federico Brown, hoy es tu día”.

Al llegar, se sentó en su escritorio y lo miró pensando que ésta sería la última vez que perdía el tiempo en ese miserable rincón del edificio, ocupando lo que para él, era

un puesto mediocre. Mientras tomaba el café de todas las mañanas, imaginaba su nueva oficina: su diploma colgado en la pared de atrás del escritorio, una caja de habanos para cortesía, una foto esquiando, un cómodo sillón reclinable en varias posiciones, (nada que ver con la silla en la cual estaba sentado), y una biblioteca repleta con todos sus libros contables. Estaba tan concentrado en sus pensamientos que, sin querer, tiró al piso con el codo la taza repleta de café, en el momento exacto en que pasaba por ahí Osvaldo Jiménez, trapo y balde en mano.

Osvaldo, que desconocía lo que pasaba por la cabeza de Federico, no creyó en un simple accidente y tomó la caída del café como una de las otras tantas arremetidas en su contra, y cansado ya de todo, decidió ponerle fin a sus abusos. Furioso, soltó el carrito con los efectos de limpieza, tomó a Federico Brown con las dos manos de las solapas del elegante saco y lo hizo poner de pie frente a él. En ese momento, todos en la oficina se pusieron también de pie. Osvaldo Jiménez, con el rostro desfigurado por el odio acumulado en tanto tiempo de atropellos y humillaciones, llevó una de sus manos hacia atrás, cerró el puño y con todas sus fuerzas le descargó su mejor golpe. El impacto fue preciso, en la bronceada y perfumada cara de Federico Brown. En las oficinas el silencio fue absoluto, pero al instante de lo sucedido, la alegría invadió los corazones y no faltaron los aplausos y los abrazos.

Federico Brown quedó tirado entre unos papeles y la fotocopidora y, pese al fuerte golpe, se puso nuevamente de pie, y al instante notó que ahora él se había convertido en el nuevo hazmerreír de la empresa.

Sin dudarle, frente a Osvaldo Jiménez y con el dedo apuntándolo, le dijo de manera firme y en voz alta:

–¡Esto no va a quedar así!

–¿Ah, no? ¿Qué va a pasar ahora? (le preguntó Osvaldo Jiménez, desafiante.)

Y Federico Brown señalándose con el dedo índice el lugar donde había recibido el golpe, le replicó.

–Se va a inflamar.

Luego Federico Brown rápidamente buscó sus efectos personales, llamó un taxi y nunca más volvió a pisar la empresa.

EL ACUERDO

Eran contadas las ocasiones en las que se cruzaban más de dos clientes a la vez en esa remota cantina de mala muerte, olvidada por alguna extraña razón, sobre ese largo y angosto camino de tierra blanca, perdido en el medio de la nada.

Uno de ellos había ingresado cinco minutos antes y se sentó directamente en una de las mesas más alejadas, cerca de una pequeña ventana que daba a la calle. Un pequeño haz de luz iluminaba de manera perpendicular el negro y polvoriento saco de aquel señor de cabellos grises, que muy plácidamente degustaba, en un pequeño vaso, un licor de caña de una famosa marca ya inexistente.

En medio de un silencio absoluto, el crujido de la puerta de entrada, (castigada por el sol), hizo al cantinero levantar su mirada de la barra y contemplar ante su asombro el ingreso del segundo cliente del día. Con paso firme, caminó los diez metros que separaban la entrada de la barra, como si hubiese estado en ese lugar millones de veces. Sin embargo, el cantinero no reconoció a ese extraño forastero vestido de blanco impoluto, así que, casi con un tibio saludo, bajando el mentón, el señor pidió su bebida: simplemente un vaso de agua. La falta de aseo del lugar se hacía notar no sólo en el vaso de vidrio, sino también en las diminutas partículas de polvo que flotaban en el agua, casi de color gris.

El lugar, con ese raro olor que sólo se logra con años de miserias, cuentos de viejos borrachos y pocos clientes. Donde nada valen los sueños y mucho valen los soñadores y

donde la caja guardaba apenas unas pocas monedas de color dorado, con óxido y tierra.

Una vez servido el vaso de agua y cerrada la puerta, el silencio se convirtió otra vez en el actor principal, hasta que el hombre apostado en la barra de blanco reluciente, despacio y muy tranquilamente, se dirigió hacia la única mesa ocupada del bar.

—No me vuelvas a pedir permiso para sentarte, como la última vez. Sabés que no es necesario, —le dice el hombre de saco de negro.

—Es sólo formalismo. Sé que aún queda entre nosotros la suficiente confianza. Me conocés como soy.

—Hablando de la última vez. ¿Fue hace mucho?

—Pareciera que fue hace siglos.

—¿Como van las cosas con tus descarriados hijos?

—Vos lo sabés mejor que nadie, no es cosa fácil. Viven prometiendo que se van a portar como gente civilizada y nunca cumplen, al final siempre estas encima de ellos, además de perdonándolos.

—Sos un padre exigente, eso no hace fácil las cosas. Hacé como yo que no tengo hijos, sólo me rodeo de buenos amigos.

En ese momento la conversación se detuvo, y las miradas quedaron fundidas en el tiempo y el espacio. Una leve sonrisa del hombre del saco negro acompañó sus siguientes palabras:

—Nunca te das por vencido, ¿no?

—Es parte de mi trabajo, tengo el tiempo y la paciencia para hacerlo.

El hombre de negro pega un fuerte puñetazo en la mesa. Toma la bebida de un trago, se pone de pie y le replica:

–Lo siento, pero como tantas otras veces, mi respuesta es no. A veces pienso si tiene sentido ésto, sin embargo cada vez que me proponés hablar, soy el primero en llegar. Ha sido un placer verte y será hasta la próxima.

Se va de esa cantina y caminado entre el polvo y el viento, se pierde en la distancia. Unos segundos después, y sin haber tomado el vaso de agua, el hombre de blanco hace lo mismo, pero en otra dirección.

Nuevamente y vaya a saber hasta cuándo, el bar volvió a quedar vacío. Esa vez el cantinero, sin saberlo, fue testigo de cómo, una vez más en esta larga y triste historia entre padre e hijo, Dios y el Diablo no se pudieron volver a poner de acuerdo.

El acuerdo; algo tan humano, algo tan divino.

LA CONVERSACIÓN

Se encontraban, banqueta de por medio, en la barra de la confitería del aeropuerto. Tal vez se habían cruzado muchas veces, pero no lo sabían.

La conversación se dio de manera natural. Uno miró al otro, y éste hizo una pregunta sin sentido.

—¿Adónde viajas?

—A Europa, por negocios. ¿Vos?

—De vacaciones a la playa.

—¡Qué lindo! ¡Cómo te envidio!

—No es para tanto. En realidad es el único viaje que hago en el año. Me gustaría viajar más.

—Lo mío es al revés. Viajo tanto, que hay veces que ni sé a dónde estoy.

Risas.

—Entonces me parece que el que tiene algo que envidiar, soy yo.

—Te cuento: al principio disfrutaba mucho cada viaje, pero al ser por trabajo, dejás de hacerlo al poco tiempo. Además te agota mucho ir de un lado al otro, sin poder conocer demasiado.

—Eso es cierto. Yo antes viajaba más. Eran dos veces o tres al año, pero hace un tiempo que sólo lo hago una vez. Será por eso que extraño viajar y te envidio.

—Uno muchas veces desea la vida de otras personas, sin saber lo que cada uno vive. Por ejemplo, ahora vos deseás viajar mas seguido y yo quedarme en casa tranquilo. En

realidad, me encanta viajar, pero sería mejor si fuese de vacaciones.

Cada cual se quedó pensando unos minutos en esa reflexión. En el altavoz del aeropuerto, anunciaron la salida del avión que debían tomar, y fue entonces cuando sintieron un tirón de las manijas. Y los bolsos, previa mirada, decidieron seguir la conversación en la cinta de transportadora de equipaje.

EL COLECCIONISTA

Antonio juntaba cartones en su bicicleta con carrilín. Aunque lloviese o el sol derritiera la tierra, él tenía que hacerlo. Era su único sustento desde hacía bastante tiempo. Y aunque no era considerado un trabajo digno, él se encargaba de que así fuese. Siempre con la cabeza alta y la mirada de un buen hombre. Vestía siempre igual, una camisa a cuadros rojos, negros y blancos, un abrigo marrón claro, (bastante deshilachado), un pantalón de grafa curtido por los años, y unas botas que dejaban ver la punta de sus dedos sucios.

Un mediodía, en plena lucha con el intenso calor, decidió sentarse en el largo escalón de la entrada de una elegante casa. A los pocos segundos notó, por la sombra, que alguien estaba parado frente a él. Al levantar la mirada, sus ojos celestes alcanzaron a ver claramente a un joven que no superaba los treinta años. Vestía una camisa blanca perfectamente planchada y perfumada, unos pantalones oscuros, y unos zapatos negros brillantemente lustrados. Hubo entre ellos un cruce de miradas y el joven le dijo:

—Disculpe señor, ¿le molestaría si me siento a fumar un cigarrillo con usted?

Antonio le iba a decir que sí, pero antes de que pudiese hacerlo, el joven ya estaba tomando posición a su lado. Sacó un cigarrillo del atado, y le ofreció otro a Antonio, que aceptó agradecido. Cada uno encendió el suyo, y en ese momento se generó un clima de paz y distracción mientras exhalaban la primera pitada de humo.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el joven.

–Antonio –contestó.

–Espero que no le incomode la pregunta, pero soy curioso. Debe ser una vida difícil la que lleva usted, ¿no?

Antonio suspiró, y le dijo:

–Mire joven, realmente veo en usted, además de curiosidad, una buena, amable y educada persona, y ese gesto de sentarse al lado mío, e invitarme a fumar, es algo que no se ve mucho, así que si realmente le interesa saber cómo es mi vida, se la contaré.

–Antonio, –le dijo el joven–, será un placer escucharlo.

–Entonces debo comenzar por el principio. Yo no viví toda la vida en la calle, ni fui siempre cartonero. Hace muchos años tenía una hermosa familia, conformada por una joven y adorable esposa y un hijo que recién comenzaba la escuela. Vivíamos en un barrio de gente trabajadora, éramos pobres, pero honrados. Yo trabajaba como un burro en el Mercado Central, donde despachábamos frutas y verduras a todos los negocios de la ciudad. Mi tarea era cargar los camiones con mercadería. Era un trabajo agotador y la paga no era demasiado buena, pero era lo único que tenía y lo cuidaba como oro. Mi mayor alegría era a la tarde, cuando volvía a mi casa. Media cuadra antes de llegar, ya podía ver a mi hijo esperándome en la puerta como un guardián; y cuando faltaban pocos metros, corría a mi encuentro. Eso realmente me hacía muy feliz, nos dábamos un abrazo que duraba un largo rato.

En ese momento hubo una pausa en el relato de Antonio y unas lágrimas cayeron de sus ojos. Su mirada se quedó perdida en la nada. Suspiró nuevamente y continuó:

–Un día me dicen en el trabajo que, debido a mi empeño y dedicación, habían decidido darme un aumento. Se

imagina mi alegría, no veía la hora de llegar con la noticia. Realmente, ese aumento nos cambiaría la vida. Pero antes de ir a casa, para festejar, me desvié y paré en una juguetería, para comprarle a mi hijo un juguete que él siempre veía en una publicidad. Era un muñeco a pilas que hacía diferentes ruidos. Traté de apurarme lo más que pude, pero ese desvío me retrasó como veinte minutos. Con el regalo en la mano, retomé el camino de todos los días. Pero esta vez, faltando los últimos cincuenta metros para llegar, no vi a mi hijo esperándome como todas las tardes. Me pareció raro, y pensé lo peor. Apuré el tranco y casi corriendo, entré a la casa. La puerta estaba abierta y todas las cosas en el piso en un desorden total. Empecé a transpirar, me temblaban las manos y de un manotazo abrí la puerta de nuestra habitación. Ahí los vi a los dos, tirados en el piso, en un charco de sangre. Es una imagen que tengo grabada y no me puedo sacar de la cabeza. Me arrodillé junto a ellos, los abracé, y me di cuenta de que estaban sin vida. Empecé a llorar como loco, y gritaba por ayuda. Se acercó a la casa uno de los vecinos y, desde la puerta del cuarto, me dijo que él había escuchado unos gritos diez minutos antes, pero por miedo, no supo qué hacer. Era evidente, los habían querido robar y como no encontraron nada de valor para llevarse, los mataron despiadadamente con un cuchillo. A partir de ahí, mi vida no tuvo sentido. Dejé mi trabajo y abandoné el que había sido mi hogar. Me llevé algunas cosas y me fui a vivir abajo de un puente. Ahora, como verá, junto cartones, porque ocupa mi tiempo y me da unos pesos para comer. Cada tanto paso por nuestra casa. Está vieja y abandonada, y en ocasiones alucino con ver otra vez a mi hijo haciendo guardia y corriendo a abrazarme. ¡Pensar que fueron a robar diez minutos antes de

que yo llegara! Si no hubiera parado a comprar ese juguete, tal vez hoy estarían con vida. Qué ironía, ¿no?

Se hizo un silencio absoluto y luego de unos minutos, el joven le dijo:

–Antonio, realmente me he quedado con la boca abierta y los ojos llenos de lágrimas. Su historia es increíble, nunca hubiera imaginado escuchar algo tan triste. ¡Que irónica es la vida a veces! Uno nunca sabe las historias que hay detrás de cada persona, y la suya es la más triste que he escuchado. Ha sido un placer conocerlo y espero que no se ofenda, pero debo seguir viaje.

Entonces el joven intentó pararse, apoyándose en el hombro de Antonio, y el hombre que aún permanecía sentado, le dijo:

–Yo le he contado casi toda mi vida, y no sé nada de usted.

–Disculpe, –replicó el joven, –mi nombre es Juan y soy coleccionista.

–¿Y qué colecciona?

–Soy coleccionista de historias, –le contestó Juan. Entonces apagó su cigarrillo, y se fue.

IMAGINA

–Este árbol, hijo mío, –le decía el padre al hijo, mientras apisonaba la tierra negra tapando las raíces con una pala de punta– es un regalo que deberás cuidar toda la vida. Procura que siempre tenga buen sol; no te preocupes por el riego porque resiste bien las sequías; y en cada poda, a principios de la primavera, trata de darle una forma armoniosa, para que quede mucho más vistoso en la época de la floración. Y cuando ese momento llegue, ¡prepárate! Porque aunque no dure más de quince días, su belleza es tan intensa que vas a querer que dure todo el año.

José, de apenas diez años de edad, lo miró y trató de imaginar como sería ese árbol, que en ese momento solo era un pequeño tallo. Asintió con la cabeza las palabras de su padre y volvió a mirar hacia el particular obsequio.

Y así fue como con el pasar de los años, José se encargó de cuidarlo, siguiendo fielmente las instrucciones. Esperaba con ansias cada primavera, y tal cual se lo había anticipado su padre, no se cansaba de mirarlo cuando florecía.

Cercis siliquastrum L, o “Árbol del Amor”, o más conocido como “árbol de Judea o de Judas”, porque según cuenta la leyenda, Judas Iscariote se suicidó ahorcándose en uno de ellos.

Pasó el tiempo para todos, y el árbol de Judea había crecido enormemente. Plantado en el medio del patio, su tamaño era prominente y su presencia se hacía notar. En el verano, era el descanso de los pájaros, en otoño, sus hojas

amarillas formaban un colchón sobre la verde gramilla, y en la primavera, llegaba a su momento sublime.

Pero los años pasan para todos, y un día, la vida del papá de José se extinguió. Fue un golpe muy duro para él, y luego de despedir los restos de su padre y amigo, encontró refugio a los pies de aquel árbol que él tanto cuidaba. Ese lugar le generaba muy buenos recuerdos de su padre y de su niñez.

Era otoño y las hojas caían lentas como lágrimas. José pasó toda la tarde llorando con la espalda apoyada en el tronco, lamentando una pérdida que sabía irrecuperable.

Y así pasó su vida solo, nunca formó una familia. Era muy feliz a su manera, en soledad. Pero siempre sin descuidar ni un momento el preciado regalo... el árbol de Judea.

José fue envejeciendo. Presentía que se estaba terminando el hilo de su largo carretel y una tarde de otoño, caminando por el patio, se acercó al árbol, lo miró, y le dijo:

—A mí ya no me queda mucho aquí, ¿y ustedes cuánto tiempo viven? Y el árbol le contestó con una suave y agradable voz:

—Depende, José, pero seguro que más que tú.

José casi se cae del asombro, no podía creer que el árbol le contestara, miraba hacia los costados tratando de entender y encontrar una explicación a lo que le estaba pasando. Y le preguntó:

—¿Realmente puedes hablar?

—Claro que sí —le respondió la planta.

—Pero cómo no lo supe antes, —dijo José.

–Porque nunca me hablaste, y entonces nunca te pude contestar –le volvió a responder.

–Perdón, pero nunca me lo hubiera imaginado–. Entonces el árbol le dijo:

–Mira José, te voy a contar una cosa: cada uno le pone un límite a su imaginación; para algunos tiene el tamaño de una uña; para otros el largo de su sombra y hay personas a las que no les alcanza la vista para divisar el lugar hasta donde llega.

–¿Me dejas sin palabras!! –replicó el anciano, entonces el árbol prosiguió:

–La imaginación es la fuente de la vida, repleta de agua fresca y cristalina, en la cual con sólo pasar tus dedos te nutres de ella, cuanta más imaginación tengas, más tiempo pasas en esa fuente y por ende, más te nutres. Tu padre, querido José, era un hombre con mucha imaginación y el día que me plantó aquí en este patio, pensó mucho en ti.

–¿Por qué justo hoy me hablaste? –dijo José.

–En realidad –siguió el árbol,– el momento lo decidiste tú, hoy cuando me hablaste a mí.

José murió a los dos días de lo ocurrido, y no tuvo tiempo de contarle a nadie que su árbol hablaba. Dos días después, alguien sin imaginación, pero con un hacha filosa, cortó el árbol y lo hizo leña. Y con el tiempo, la leña se convirtió en cenizas, como José y como su padre.

Curiosamente, era otoño.

¿Imaginaste alguna vez hablarle a tus plantas, como lo hizo José?

ETERNO ROMANCE DE LA NATURALEZA

Le dice la arena al mar:

–¡Qué suave me acaricias hoy, mi querido mar! Puedo sentir la punta de tus extremidades calando en mi cuerpo. Te alabo y te bendigo, eres inmenso y generoso. Nadie te conoce y nadie te controla. Guardas secretos que tal vez nunca reveles, y con solo mirarte uno queda perplejo.

–¡Ay, arena mía!!! Esto lo he hecho por siglos y nunca deja de gustarte. Pensar que eres mi obra mas sublime. De algo grande y grotesco, te he trasformado en algo tan diminuto, pero a la vez inmenso. Hoy particularmente, te acaricio más suave porque estoy muy calmo. Como podrás observar, el viento se ha ido.

–¿Adónde se ha ido el viento? –pregunta la arena.

–Se llevó a dar un paseo a las nubes. Ellas querían ir a llorarle sus penas a las montañas. Pero ya regresarán, más alegres que nunca. Al menos, nos acompaña el sol, que cabalga el cielo en su eterna búsqueda de su enamorada luna. Pero cuando se encuentran, aunque le lleve tiempo y ese momento dure unos instantes, con solo verlo te deja paralizado y sin aliento. Así es el amor, ¡arena mía!, unos instantes pueden ser eternos.

EMPEZAR DE NUEVO (CANCIÓN)

¡¡Te propongo algo!!
Empezar de nuevo.
No va a ser igual, eso lo sabemos.
Pero lo distinto, tal vez sea bueno.

Empezar de nuevo.
Eso te propongo.
Si una vez pudimos hacer algo lindo,
tal vez otra vez, podamos hacerlo.

Va a llevar un tiempo.
Tal vez una vida.
Pero ese tiempo, no será perderlo.

Tal vez sea fácil, dejarlo todo.
Pero sin embargo, yo así no lo creo.
Creo que nosotros, aún nos queremos.
Por eso merecemos... empezar de nuevo.

MI POEMA A LA MADRE

Una madre es:

Despertar en la mañana y mirar la misma cara que viste al nacer.

Vivir siempre en primavera y al atardecer.

Oler un ramo de flores y recordar su piel.

Escuchar su corazón y recordar tu niñez.

Un poema sin final, una canción sin estribillo.

Al abrir la ventana, sentir en tu cara la brisa fresca de la mañana.

Tu primer amor, un tren sin estación, una flor sin tierra, la vida sin guerras.

La sonrisa más sincera, la mirada más profunda, las palabras más bellas.

Una playa desierta.

Un helado con sabor a primer amor, un café con gusto a mejor amigo.

Olvidarse del olvido.

Querer la vida a cada instante, aunque no nos sea fácil tener que vivirla.

Una madre es vida, es una parte de Dios.

MI PRIMERA CARTA PARA MAMÁ

Mamá; hoy cumplí un año. Tal vez para vos haya sido largo, pero para mí se pasó volando, es más, ni me acuerdo del día en que nací. Pero sí recuerdo mi primer verano, con esa suave brisa en mi cara, y el calor del sol entrando en mi cuarto.

Te cuento que me pongo muy feliz cuando te veo volver del trabajo, tal vez ese momento, junto al de la mamadera de la mañana, sean los más felices de mi vida.

Me gusta tanto tu sonrisa y la forma en que me mirás..., me gusta tanto que estoy tratando de copiarla. ¡Qué linda sonrisa tenés, mamá!!

Pasan los días y más cosas aprendo y como verás soy muy curioso, pero tiempo al tiempo, también estoy aprendiendo que las cosas se disfrutan más, de a poco. Estoy aprendiendo lo que es extrañar, pero no lo entiendo, porque es lindo, pero la sensación es fea, entonces me confunde. Pero me gusta extrañar, porque cuando te veo se me estiran los labios y la piel de la cara y siento cómo el aire toca mis dientecitos. Eso es una sonrisa mamá, lo aprendí hace mucho tiempo, porque gracias a Dios fue lo primero que me enseñaste.

B.G.

ÍNDICE

<i>Dedicatoria</i>	5
<i>Agradecimientos</i>	6
Prólogo del autor	7
Prólogo de Silvia	9
Enemigos del tiempo.....	11
La puerta	14
El umbral	18
El Carnaval.....	25
La decisión	29
No puede	31
La tienda de los sueños	33
La ensalada	37
El ascenso tan esperado	39
El acuerdo	45
La conversación	49
El coleccionista	51
Imagina	55
Eterno romance de la naturaleza.....	59
Empezar de nuevo (canción)	60
Mi poema a la madre	61
Mi primera carta para mamá	62

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Septiembre de 2008